

Morir en el dōjō



Cuando después de levantarme, cruzar el frío de la mañana, recorrer los jardines aún mojados, los árboles siempre santos, el parque de los niños, las murallas de la vieja ciudad, la memoria de todos los caídos, regreso al hogar, a encontrar mi primer destino, esa sensación tan pegada a la libertad como anudada al dolor de la pérdida, la fatiga del pensar, eso incontenible por ser no solo herida abierta, también naturaleza, realidad.

Cuando después de cerrar la llama lacerante vuelvo a los libros, las páginas siempre nuevas, los versos repetidos, el mismo olor a música, ese sosiego del alma alimentada de silencio, calmada de inquietud, desprendida de mordazas que matan, quedo quieto, al abrigo, solo, del momento, ése que cruza definitivo, pesando la balanza, transitando como plomo, como la piedra flotante y verdadera.

Cuando después de haberse hundido la madera, evaporada en la corriente de vida, ausente de presente, de lo ahora inmediato, de quien soy en este instante que me vive y me tiene prendido, me mantengo erguido, dirigiéndome allí, donde he plantado las raíces de mi vida, donde encontré la paz en medio de la guerra, donde pude detener las lanzas hirientes, el daño del acero de los hombres, el mundo en derredor, desecho, yermo.

Cuando después de los años ya vividos, del tiempo y el espacio consumidos, de un corazón tan hinchado como abatido de lejanías, de los ojos que miran con hondura, de los abismos de vacío que absorben el pulso de mi sangre, llego a la hondura del *dōjō*, sé que estoy en el único espacio que conozco, en el solo asidero que me resta para sentirme hombre verdadero, vivo, libre. Y entonces sé que este es el lugar donde quiero vivir. Y, también, el lugar donde quiero morir.